

insomnio, y el pliegue del hastío bajando su labio inferior, gastada, cansada como un brocal en que ha venido á beber todo el común de vecinos, y la incipiente hinchazón que afloja las carnes, preparándolas para las arrugas de la vejez.

Esta traición del sueño, y el silencio de muerte que le envolvía, era grandioso, era siniestro: un campo de batalla, por la noche, con todo el horror que se ve y el que se adivina en los vagos movimientos de la sombra.

Y de improviso acometió al pobre niño grande y sofocante deseo de llorar.

IV

Acababan de comer con la ventana abierta ante el largo silbido de las golondrinas, que saludaban la caída de la tarde. Juan no hablaba, pero iba á hablar, y siempre de la misma cosa cruel que le perseguía, y con la que torturaba á Fanny, desde su encuentro con Caoudal. Ella, viendo sus ojos bajos y el tono fingidamente indiferente que adoptaba para nuevas preguntas, lo adivinó y le previno:

—Escucha; sé lo que vas á decirme... evitémoslo, te lo ruego... al fin se cansa una... puesto que todo eso ha muerto y no quiero á nadie más que á tí, puesto que para mí no hay nada más que tú en el mundo...

—Si estuviera muerto, como tú dices, todo ese pasado—y la miraba en el blanco de los ojos, de pupilas pardas, temblorosas, que cam-

biaban su tono de color á cada impresión,—no guardarías cosas que te lo recuerdan... Sí, allá arriba, en el armario...

El color pardo se aterciopeló, haciéndose un negro de sombra.

—¡Ah! ¿Lo sabes?

Todo aquel fárrago de cartas de amor, de retratos, aquellos archivos galantes y gloriosos, salvados de tantas batallas, iba á ser preciso deshacerse de él.

—¿Y me crearás al menos?

Y ante una sonrisa incrédula que la desafiaba, corrió en busca del cofrecillo de laca, cuyos cincelados broches, metidos entre las pilas delicadas de su ropa blanca, habían intrigado tanto á su amante desde hace algunos días.

—Quema, rompe; es tuyo...

Pero no se daba él prisa en dar vuelta á la llavecita; miraba los cerezos con frutos de nácar sonrosado y los velos de cigüeñas incrustados en la tapa, que hizo saltar bruscamente... Todos los tamaños, todos los caracteres de letra, papeles de color con membrete dorado, antiguos billetes amarillentos rotos en los dobles, notas hechas con lápiz sobre hojas de car-

tera, tarjetas en montón, sin orden, como en un cajón registrado y movido á menudo donde él mismo hundía sus trémulas manos.

—Vé dándomelos. Yo los quemaré á tu vista.

Hablaba febrilmente, acurrucada delante de la chimenea, con una bujía encendida, puesta en el suelo junto á ella.

— Dame...

Pero él dijo:

—No; espera...

Y más bajo, como avergonzado:

—Quisiera leer...

—¿Para qué? Vas á sufrir más...

No pensaba más que en su sufrimiento, y no en la falta de delicadeza que había, al entregar así los secretos de pasión, las confesiones hechas en la almohada por todos aquellos hombres que la habían amado; y acercándose, de rodillas siempre leía á la par que él; espiábale de reojo.

Diez páginas, firmadas La Gournerie, 1861, con una letra larga y felina, en las cuales el poeta, enviado á Argelia para la crónica oficial y lírica del viaje del emperador y la emperatriz, hacía á su querida una deslumbradora descripción de las fiestas.

Argel desbordante y bullicioso, verdadero Bagdad de *Las mil y una noches*; Africa entera acudiendo, aglomerándose alrededor de la ciudad, golpeando sus puertas á pique de romperlas, como un simoun. Caravanas de negros y camellos cargados de goma, tiendas de piel enclavadas; un olor de almizcle humano sobre toda aquella banda de monos que vivaqueaba á orillas del mar, bailaba por la noche alrededor de grandes hogueras, se separaba todas las mañanas ante la llegada de los jefes del Sur, semejantes á Reyes Magos con la pompa oriental, las músicas discordes, flautas de caña, tamboriles broncos; y las tropas argelinas rodeando el estandarte tricolor del Profeta; y detrás, llevados de la brida por negros, los caballos destinados como regalo al *Emberour* (1), con jaeces de seda y sillas de plata, agitando á cada paso cascabeles y bordados...

El genio del poeta hacía viviente y presente todo aquello: las palabras brillaban en la página, como esas piedras sin montura que sobre

(1) *Emperador*: imita el autor con esta ortografía la mala pronunciación francesa de los argelinos.—(Nota del traductor.)

un papel blanco colocan y miran los joyeros. Verdaderamente podía enorgullecerse la mujer sobre cuya falda se echaban todas aquellas riquezas. Era preciso que la amasen, puesto, que, á pesar de la curiosidad de estas fiestas, el poeta no pensaba más que en ella, se moría por no verla.

«¡Oh, esta noche estaba yo contigo en el sofá de la calle de la Arcada! Tú estabas desnuda, estabas loca, gritabas de alegría bajo mis caricias, cuando me desperté sobresaltado, envuelto en un tapiz sobre mi azotea, en plena noche estrellada. El grito del muezzín subía de un minarete próximo, claro y límpido como una exhalación voluptuosa más que devota, y era tu voz la que yo oía también al despertar de mi sueño...»

¿Qué mal impulso le llevaba á continuar su lectura, á pesar de los horribles celos que palidecían el color de sus labios y contraían sus manos? Dulcemente, con mimo, procuraba Fanny recogerle la carta; pero la leyó, hasta el fin, y tras ésta otra, y luego otra, dejándolas caer á medida que las iba leyendo, con un gesto de desprecio, de indiferencia, sin mirar la llama que

se avivaba en la chimenea con las efusiones líricas y apasionadas del gran poeta. Y algunas veces, en el desbordamiento de este amor exagerado en la temperatura africana, el lirismo del amante manchábase con alguna grosera obscenidad de cuerpo de guardia, de que se hubieran mostrado sorprendidas y escandalizadas las mundanas lectoras del *Libro del amor*, de refinado espiritualismo, inmaculado como la cima de plata del Yungfrau.

—¡Miseria del corazón! En estos pasajes era en los que Juan se detenía sobre todo, en estas manchas de la página, sin apercibirse de los estremecimientos nerviosos que agitaban sus facciones á cada instante. Hasta tuvo valor para reirse con esta postdata que seguía al brillante relato de una fiesta de Aissaouas: «Vuelvo á leer mi carta... hay cosas que no están del todo mal: guárdala aparte; podría servirme de ella...»

—Un caballero que no dejaba de aprovechar nada—dijo pasando á otra página de la misma letra, en la que con el tono helado del hombre de negocios, La Gournerie reclamaba una colección de canciones árabes y un par de babuchas de paja de arroz. Era la liquidación de sus

amores. ¡Ah! Ese supo marcharse; era fuerte aquel hombre.

Y sin detenerse, Juan continuaba desecando aquel pantano, del que surgía un hálito cálido é insalubre. Al llegar la noche, puso la veía sobre la mesa y siguió leyendo billetes muy cortos, y visiblemente trazados como con punzón por dedos demasiado gruesos que á cada momento, en un arranque de deseo ó de cólera, agujereaban ó desgarraban el papel. Eran los primeros tiempos de sus relaciones con Caoudal, citas, cenas, giras campestres, luego enfados, suplicantes reconciliaciones, gritos, injurias innobles y bajas de obreros, interrumpidas con chuscadas, frases chistosas, reproches sollozados, toda la debilidad del gran artista puesta al desnudo ante la ruptura y el abandono.

Cogía esto la lumbre, y prolongaba sus llamas, en que humeaban y se tostaban la carne, la sangre y las lágrimas de un hombre de genio; pero ¿qué le importaba á Fanny, absorta en su amante joven, á quien observaba, y cuya ardiente fiebre la quemaba á través de sus vestidos? Acababan de encontrar un retrato á pluma, firmado por Gavarni, con esta dedicatoria:

A mi amada Fanny Legrand, en una posada de Dampierre, un día que llovía. Una cabeza inteligente y dolorida, con los ojos hundidos, cierta expresión de una cosa amarga y desolada.

—¿Quién es éste?

—Andrés Dejoie... Lo guardaba por la firma.

Dijo un «Guárdalo, eres muy dueña,» tan forzado, tan infeliz, que cogió ella el dibujo, echólo al fuego hecho una pelota, mientras que él se absorbía en la correspondencia del novelista, una desconsoladora serie, fechada en playas de invierno, en establecimientos balnearios donde el escritor, enviado allí por su falta de salud, desesperábase por su miseria física y moral, perforándose el cráneo para encontrar una idea lejos de París, y mezclaba con pedidos de medicinas, recetas é inquietudes de dinero ó de profesión, envíos de pruebas de imprenta, de pagarés renovados, y siempre el mismo grito de deseo y de adoración para aquel hermoso cuerpo de la Safo que le prohibían los médicos.

Juan, rabioso y cándido, murmuraba:

—¿Pero qué les dabas á todos para estar así contigo?...

Este era para él único significado de aquellas

cartas desoladas, en que se confesaba el desarreglo de esas existencias gloriosas que envidian los jóvenes y con las que sueñan las mujeres románticas... Sí: ¿qué les daba á todos? ¿Qué les hacía beber...? Experimentaba el atroz sufrimiento del hombre agarrotado que ve ultrajar en su presencia á la mujer que ama; y sin embargo, no podía resolverse á vaciar de un golpe y á ojos cerrados el fondo de aquella caja.

Ahora tocábale el turno al grabador, que, miserable, desconocido, sin más celebridad que la de la *Gaceta de los Tribunales*, no debía su sitio en el relicario más que al grande amor que por él sintieron. Deshonrosas eran aquellas cartas fechadas en Mazas, y estúpidas, torpes, sentimentales como las del soldado á su novia del pueblo. Pero sentíase en ellas, á través de los calcos de novela, un acento sincero en la pasión, un respeto á la mujer, un olvido de sí mismo que distinguía de los otros á aquel presidiario; así, cuando pedía perdón á Fanny por el crimen de haberla amado mucho, ó cuando desde la escribanía mayor del Palacio de Justicia, inmediatamente después de su sentencia, escribía su regocijo al saber que su querida estaba ab-

suelta y libre. No se quejaba de nada; había tenido al lado suyo, gracias á ella, dos años de una dicha tan completa, tan profunda, que el recuerdo bastaría para llenar su vida, alentar el horror de su suerte, y terminaba pidiéndola un favor:

«Ya sabes que tengo en mi tierra un niño cuya madre ha muerto hace mucho tiempo; vive en casa de una parienta anciana, en un rincón tan olvidado, que no sabrán allí nada de lo que ha sucedido. El dinero que me quedaba se lo he enviado, diciendo que me marchaba muy lejos de viaje, y cuento contigo, mi buena Nini, para que de vez en cuando te informes de ese niño infeliz y me des noticias tuyas...»

Como prueba del interés de Fanny, venía después una carta de agradecimiento y otra muy reciente, que apenas tenía seis meses de fecha.

«¡Oh, qué buena has sido con venir á verme!... ¡Qué hermosa estabas, que bien olías ante mi traje de preso, de que me daba tanta vergüenza!...»

Y Juan se interrumpió furioso:

—¿De manera que sigues viéndole?

—Muy de tarde en tarde, por caridad...

—¿Hasta cuando estabas conmigo?

—Sí, una vez, una sola en el locutorio... no se les ve más que allí.

—¡Ah, eres una buena muchacha!...

La idea de que, á pesar de sus amores, visitaba á este falsario, exasperábale más que nada. Era muy orgulloso para decirlo; pero un paquete de cartas, el último, atado con una cinta azul, sobre caracteres finos é inclinados, una letra de mujer, desencadenó toda su cólera.

«Cambio de túnica después de la carrera de carros... ven á mi cuarto...»

—¡No, no... no leas eso!...

Y saltó sobre él, arrancóle y tiróle al fuego todo el legajo, sin que él comprendiera al pronto, ni aun al verla de rodillas, enrojecida por el reflejo de la llama y la vergüenza de su confesión.

—Yo era joven; Caoudal tiene la culpa... ese loco... Yo hacía lo que él quería.

Sólo entonces comprendió; púsose muy pálido.

—¡Ah, sí... Safo... toda la lira!...

Y rechazándola con el pie, como á una bestia inmunda:

—Déjame, no me toques; me levantas el estómago.

Se ahogó un grito en un espantoso crujido de trueno prolongado é inmediato á ellos, al par que un vivo resplandor iluminaba el cuarto... ¡Fuego!... Irguióse ella aterrada, cogió maquinalmente la jarra que estaba sobre la mesa, y la vertió sobre aquel montón de papeles, cuya llama abrasaba el hollín del último invierno; luego la botella de agua, los cántaros; y al verse impotente, volando ya las pavesas hasta el centro del cuarto, corrió al balcón gritando: ¡Fuego, fuego!

Los Hetteema llegaron los primeros, después el portero, los guardias de orden público. Gritaban unos:

—¡Bajar la placa... subir al tejado... agua, agua... no, una manta!

Asustados miraban su domicilio invadido y manchado: luego, terminada la alarma y apagado el fuego, cuando abajo se deshizo el negro gentío bajo los mecheros de gas de la calle, tranquilizados los vecinos y vueltos á su piso, los dos amantes, en medio de aquel lodazal de agua, hollín y barro, de muebles derribados y

mojados, sintiéronse descorazonados y cobardes, sin fuerzas para realadar la querella ni limpiar el cuarto á su alrededor. Algo siniestro y y bajo acababa de entrar en su vida, y aquella noche, olvidando sus antiguas repugnancias, fuéronse á dormir á la casa de huéspedes.

El sacrificio de Fanny no debía servir para nada. De aquellas cartas desaparecidas, quemadas, frases enteras recordadas de memoria, turbaban la imaginación del enamorado, subíanse al rostro en oleadas de sangre, como ciertos pasajes de malos libros. Y aquellos antiguos amantes de su querida eran casi todos hombres célebres. Los muertos sobrevivían; y de los vivos veíanse sus retratos y sus nombres en todas partes, hablábase de ellos delante de él, y siempre experimentaba un malestar como el del lazo de familia roto dolorosamente.

Afinábale el mal, la imaginación y los ojos, y pronto llegó á encontrar en Fanny la huella de las influencias primeras, y las frases, las ideas, las costumbres que de ellas conservó. Aquella manera de adelantar el pulgar como para modelar y amasar el objeto de que hablaba con un «¡No lo ves desde aquí?...» pertene-

cía al escultor. De Dejoie pegósele la manía de los finales de frase y las coplas populares cuya colección publicó, colección célebre en todos los puntos de Francia; á La Gournerie tomóse su entonación altanera y desdeñosa, la severidad de sus juicios acerca de la literatura moderna.

Todo esto se lo había asimilado, sobreponiendo lo más diverso, por ese mismo fenómeno de estratificación que permite conocer la edad y las revoluciones de la tierra en sus diferentes capas geológicas, y acaso no era tan inteligente como se lo figuró en un principio. Pero no era de la inteligencia de lo que se trataba: tonta como ninguna, vulgar y con diez años más de vejez, hubiérale aprisionado lo mismo por la fuerza de su pasado, por aquellos celos bajos que le roían, y cuyas irritaciones y rencores no callaba ya, estallando á cada paso contra todos.

Las novelas de Dejoie ya no se vendían; toda la edición andaba por la calle á veinticinco céntimos. Y ese viejo loco de Caoudal, empeñado en amores á su edad... «¿Sabes que ya no tiene dientes?... Le estuve observando cuando almor.

zó en Ville-d'Avray... Come, como las cabras, con la parte de delante de la boca.» También se acabó el talento. ¡Qué caída su Fauna, en la última Exposición! «No se sostenía aquello...» Frase que había aprendido de ella. «Aquello no se sostenía...» y que ella misma aprendió del escultor. Cuando la emprendía así con uno de sus rivales del pasado, Fanny le hacía coro para agradarle; era cosa de oír aquel mozalbeta, ignorante del arte, de la vida, de todo, y aquella mujerzuela superficial, frotada por un poco de talento de estos artistas famosos, juzgándolos altaneramente, condenándolos con tono doctoral.

Pero el íntimo enemigo de Gaussín era Flamant, el grabador. De éste sabía únicamente que era muy guapo, rubio como él, que le decían «dueño mío», que iban á verle á escondidas, y que cuando lo atacaba como á los otros llamándole «El presidiario sentimental» ó «El lindo preso», Fanny volvía á otra parte la cabeza sin contestar. Pronto acusó á su querida de ser indulgente con aquel bandido, y tuvo que explicárselo dulcemente, pero con cierta firmeza.

—Bien sabes que ya no le amo, Juan, puesto que te amo á tí... Ya no voy allá abajo, no contesto á sus cartas; pero nunca me harás hablar mal del hombre que me ha adorado hasta la locura, hasta el crimen...—A este acento de franqueza, lo mejor que ella tenía, Juan no protestaba, pero sufría con un odio celoso, aguzado de inquietud, que le hacía volver á la calle de Amsterdam, á medio día, para sorprenderla. «¡Si hubiera ido á verle!»

La encontraba siempre allí, casera, inactiva en su morada pequeña como una mujer del Oriente, ó bien sentada al piano, dando una lección de canto á su gruesa vecina, la señora Hettema. Habíanse relacionado desde el día del fuego con aquellas buenas gentes, plácidas y pléóricas, que vivían en una corriente de aire perpetua, con las puertas y ventanas abiertas de par en par.

El marido, dibujante en el Museo de Artillería, traía trabajo á su casa, y cada noche de la semana, y los domingos todo el día, veíasele inclinado sobre una ancha mesa de caballete, sudando, soplando en mangas de camisa, sacudiendo éstas para que corriera el aire, y barbu-

do con vello hasta en los ojos. Junto á él su obesa mujer, en chambra, se aireaba también, aunque no trabajase nunca en nada; y para refrescarse la sangre, empezaban de vez en cuando uno de sus dúos favoritos.

Pronto reinó intimidad entre los dos menajes. Por la mañana, á eso de las diez, la fuerte voz de Hettema gritaba delante de la puerta: «¿Está usted listo, Gaussín?» Y hallándose hacia el mismo lado sus oficinas, hacían el trayecto juntos. Muy pesado, muy vulgar, colocado algunos grados sociales más bajo que su joven camarada, el dibujante hablaba poco, tartamudeaba como si hubiera tenido tanta barba dentro de la boca como en las mejillas, pero conocíasele su hombría de bien, y el desarreglo moral de Juan necesitaba aquel contacto. Le interesaba esta amistad, sobre todo á causa de su querida, que vivía en una soledad poblada de recuerdos y pesares, más peligrosos tal vez que las relaciones á que había renunciado voluntariamente y que encontraba en la compañía de la señora Hettema, sin cesar preocupada de su marido y de la golosina de sorpresa que pensaba hacerle para la comida, de la nueva romanza que le cantarían á los

postres, y era, en fin, una relación de amistad honrada y sana.

Sin embargo, cuando se estrechó el afecto hasta el punto de los convites recíprocos, acometióle un escrúpulo. Estas gentes debían creerlos casados; su conciencia repugnaba la mentira, y encargó á Fanny que advirtiera á la vecina, para que no hubiese engaño. Hízola reir mucho esto... ¡Pobre nene! ¡Él era el único capaz de tales inocentadas!... «¡Pero si ni por un minuto han creído que estábamos casados!... ¡Y bastante les importa esto!... ¡Si tú supieras adónde ha ido él á buscar á su mujer!... Todo lo que yo he hecho son tortas y pan pintado, comparándome con ella. No se ha casado más que por tenerla para él solo, y ya ves que el pasado no le molesta lo más mínimo...»

No volvía él de su sorpresa. Era, pñes, una zorra vieja aquella buena mujer de ojos claros, de risita de niña en sus facciones, de carne tierna, de provincialismos rezagados, y para la cual ninguna romanza era bastante sentimental, ninguna frase bastante escogida; ¡y él, el hombre, tan tranquilo, tan cierto de su bienestar amoroso! Mirábale andar á su lado, con la pipa en los

dientes, con aspiraciones cortas de beatitud, mientras que él pensaba siempre en el ayer, se ahogaba con su impotente rabia.

—Eso te se pasará, dueño mío... decíale Fanny dulcemente en las horas en que se dice todo; y le apaciguaba, tierna y encantadora como el primer día, pero con cierto abandono que Juan no sabía cómo definir.

Era la apostura más libre y la manera de expresarse, la conciencia de su poder, confianzas extrañas que él no pedía acerca de su vida pasada, sus antiguos excesos, sus locas curiosidades. Ya no se privaba de fumar; arrollaba entre sus dedos, dejaba encima de todos los muebles el eterno cigarrillo que envilece los días de las mujerzuelas, y en sus discusiones emitía, acerca de la vida, la infamia de los hombres, la tunantería de las mujeres, las teorías más cónicas. Hasta sus ojos cambiaban de expresión, entorpecidos como con una emanación de agua estancada, por la que pasaba el relámpago de una risa libertina.

Y la intimidad de su ternura se transformaba asimismo. Mostrábase al principio reservada con la juventud de su amante, cuya primera ilusión

respetaba; pero luego la mujer no se molestó, después de haber visto en aquel niño el efecto que había producido su pasado bruscamente descubierto, la fiebre palúdica que hizo arder su sangre. Y las pervertidas caricias contenidas por tanto tiempo; todas aquellas palabras de delirio que, apretando los dientes, detuvo al paso, dábala suelta ahora, instalándose y entregándose en su plenitud de cortesana enamorada y experta en toda la horrible gloria de Safo.

Pudor, reserva, ¿para qué? Todos los hombres son iguales, hidrófobos de vicio y corrupción; aquel niño lo mismo que los otros. Cebarlos con lo que les gusta, es siempre el mejor medio de conservarlos. Y lo que sabía, aquellas depravaciones del placer que la inocularon, Juan lo aprendió á su vez para enseñárselo luego á otras más tarde. Así va el veneno, se propaga, quemadura del cuerpo y del alma, semejante á las antorchas de que habla el poeta latino y que corrían de mano en mano por el estadió.

V

En su cuarto, al lado de un hermoso retrato de Fanny, hecho por James Tissot, resto del naufragio de los antiguos esplendores de la cortesana, había un paisaje del Mediodía, negro y blanco, hecho groseramente al sol por un fotógrafo de campo.

Una costa pedregosa, que escalaban los viñedos, apuntalada con peñascos de piedra, y luego en lo alto, detrás de las hileras de cipreses contra el viento del Norte, acortándose con un bosque de pinos y mirtos claros de reflejo, la gran casa blanca, entre granja y castillo, de ancha escalinata, techumbre italiana, puertas blasonadas, que continuaban las rojas paredes de la *masía* provenzal, los percheros para los pavos reales, el pesebre para los ganados, el vano negro de los cobertizos. abierto sobre los